



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

R

Varia imaginación por Sylvia Molloy. Rosario : Beatriz Viterbo Editora, 2003

Autor:

Podlubne, Judith

Revista

Mora

2004, N° 9 y 10, pp. 159-161



Reseña



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

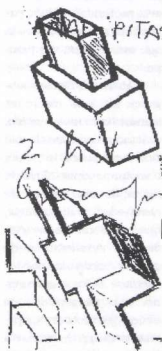
FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

MOLLOY, Sylvia
Varia imaginación
Beatriz Viterbo Editora,
Rosario, julio 2003.

A comienzos del 2001, Adriana Astutti y yo nos encontramos con Sylvia Molloy en Buenos Aires. La habíamos consultado sobre la posibilidad de hacerle una entrevista y había aceptado con esa predisposición generosa que, luego sabríamos, era en ella un hospitalario rasgo de carácter. Nuestra idea (pretenciosa e indiscreta, a la vez) consistía en proponerle una serie de preguntas bastante personales, a partir de las que, así decíamos entonces, ella se contara a sí misma. Molloy se mostró interesada, nos pidió que le dejáramos las preguntas, y prometió (y cumplió) enviarnos las respuestas por escrito. Ese fue el fin de nuestro reportaje y el comienzo de una charla que debe haber durado alrededor de una hora y en la que ella empezó a contar, como al azar de la memoria, y con un marcado entusiasmo narrativo (alentado seguramente por nuestro propio entusiasmo en escucharla), algunos recuerdos de su vida en Argentina. Me sorprendió en ese momento la discreta elocuencia con que hablaba de sí misma, tuve la impresión de que Molloy había encontrado un tono justo para hacerlo, un tono que

descansaba entre la reserva y la indiscreción, entre la cortesía y el rumor, y que constituía, con delicada firmeza, un doble testimonio de la fidelidad al misterio de sí misma. Ahora que leo *Varia imaginación* reconozco que, aquella tarde, Molloy ya tenía consigo la voz que narra estos relatos; tal vez por aquello de que encontrar la entonación es haber dado con el personaje, había resuelto, prescindiendo por completo de nuestra curiosidad y de nuestras gestiones, cómo contar su sí mismo.

Varia imaginación es un libro escrito en estado de memoria. No con los artilugios retóricos propios de una memoria inteligente, con esa voluntad de recuperación que hace que la vida se transforme en relato intencional de lo conservado y muestre una imagen de sujeto construida según los imperativos de visibilidad pública, sino en ese estado inestable e intermedio en el que lo vivido no deja de ocurrir, está ocurriendo todavía, y el presente, desposeído de su poder de actualidad, vive inquietado por el retorno de esa ocurrencia. Un tiempo *atmosférico*, que descrece de la continuidad de lo sucedido y de la identidad de su protagonista, el tiempo de "un desfaseaje (...) que impide que *me* instale del todo en la cronología corriente", es el que, abier-



to al espacio intempestivo y simultáneo de las imágenes, rige la memoria en *Varia imaginación*. Alejados del fluir autobiográfico de la vida, aunque sin renunciar del todo al gusto por el homenaje y la reflexión, estos recuerdos se cuentan con la oportuna puntualidad del olvido. "En vano intento recordar, pero mi memoria sólo llega hasta la sala de espera, después se confunde, se nubla." La memoria confundida, distraída del dedo inquisidor que obliga a repetir a Shakespeare de memoria y reduce la literatura a un juego de acertijos, narra los momentos más intensos del libro de Molloy. En esos momentos, en los que la memoria se vuelve *corporal*, la narración convoca al pasado en su misterio indescifrable y quien recuerda quiere saber por qué recuerda, es decir, por qué olvida, por qué son éstos y no otros los restos del pasado que se resisten a desaparecer y no la dejan. "Mi abuela, la madre de mi padre, murió cuando yo tenía cuatro años: recuerdo haberla ido a visitar poco antes de su muerte, recuerdo haberle hablado, no sé en qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé, no me deja. De hecho, he recurrido a él en dos relatos trying to make sense of it: en uno de esos relatos, un chico habla inglés y hace feliz a

la abuela, en el otro se niega."

Una memoria de consistencia onírica ("Eran recuerdos (o sueños) no estoy segura de poder distinguir entre los dos"), habitada por imágenes sueltas, desconectadas, gestos triviales, anodinos, y voces familiares, asalta a la narradora con la fuerza de los miedos mal resueltos y le dejan una marca en el cuerpo, como un temblor. La sorpresa es instantánea y oblitera lo que la rodea como una foto sobre-expuesta. Sólo puede contemplarse a sí misma y ni siquiera: la repetición repentina de un gesto de su madre, en ella que durante años se jactó con deliberación de no parecersele, la acerca a lo desconocido de

esa imagen ("... yo no me fijaba en mi madre") y se fija en la memoria de su cuerpo. No se trata, como en el caso de su hermana, de la repetición textual de esas frases hechas que de chicas ambas se divertían en imitar. La cita es en ella un (des)encuentro con ese pasado, que había pasado inadvertido y que ahora, heterogéneo a todos sus empeños y vivencias, la desorienta, "desordena algo en mí de manera mucho más profunda", con la paradójica actualidad de lo que insiste fuera del tiempo.

Muchas imágenes subjetivas de esta madre se leen en *Varia imaginación*. Casi todos los relatos le dan cita y no pocos la tienen como protagonista. Entre la figura de una señora de cierta edad, malhumorada, que ha instaurado un régimen de confiscación de pelotas extraviadas por los alumnos del colegio vecino, y la imagen de una mujer descolocada, inapetente y muerta de hambre a la vez, en el momento en que ha perdido a su marido, la relación entre madre e hija se cuenta siempre de un modo diferente. El severo humorismo inicial con que la hija califica de "escenas tragicómicas" las poses de indignación de la madre cede ante la dolida, aunque no menos excesiva, teatralidad con que la madre se despidió de la casa

familiar. Son otras las circunstancias y otras las protagonistas: la hija ha vencido ahora el impulso condescendiente de otorgarle mezquinamente a su madre una mísera porción de su yo y puede ver entonces el rasgo de sinceridad que encierra la gradilocuencia del gesto materno. Reconoce el artificio y, al mismo tiempo, lo cree. De un modo que nadie pudo prever hasta que ocurrió, el almuerzo entre ambas, que siguió a la decisión de la hija de acabar con el engaño y contar que Julián era en realidad una mujer, ese almuerzo en el que la madre, no sólo no lo perdió sino que comió con insólito apetito, estaba prefigurando las cenas en las que la hija la cuidaría cuando ya no hubiese alimento que pudiera saciar su hambre.

De la severidad y la condescendencia a la ternura y la contención, la figura de la hija se individualiza cada vez con más fuerza y en una dirección, por decir de algún modo, cada vez menos despiadada. Otro recuerdo decisivo en esta búsqueda de diferenciación es aquél en que ella cuenta su relación con la lengua francesa. Lo decisivo se mide aquí menos en relación con el descubrimiento de la sexualidad que en virtud de lo que deja leer en el vínculo con su madre. (La distinción, lo noto ahora, es no

sólo innecesaria sino ingenua de mi parte). "El francés ocupa en mi vida un lugar complejo, está cargado de pasiones. De chica quise aprenderlo porque a mi madre le había sido negado. (...) Yo quise recuperar esa lengua materna, para que mi madre, al igual que mi padre, tuviera dos lenguas." Una reparación simbólica que, encarada con la ambivalencia propia de quien quiere distinguirse, no repara en que su determinación subraya (más de lo que enmienda) la falta materna. En varios momentos del libro, la madre es la que no habla ni francés ni inglés y la hija, con mayor o menor incomodidad, siempre segura del saber que detenta, oficia de lenguaraz entre ella y el mundo.

Bilingüe por elección familiar, trilingüe por iniciativa propia, el plurilingüismo de la hija queda, más allá de las transacciones domésticas, contaminado, de pronto y para siempre, por la oralidad monolingüe y costurera de la madre. "Plumeti, broderi, tafeta, falla, gro, sarga, pi-qué, paño lenci, casimir, fil a fil, organza, organdi, voile, moletón, moleskin, piel de tiburón, cretona, bombasín..." La lengua materna, el auténtico rumor de la madre, no es ninguna de las lenguas aprendidas, sino ese murmullo, exorbitante antes que deficitario, que



ella no ha podido dejar de oír desde la infancia. En esa lengua que aún oye por las tardes mientras hace los deberes, la madre vuelve a aparecersele investida con el resplandor fascinante de los primeros años, vuelve a aparecer invadiendo el cuerpo de la hija y burlando, más acá de la voluntad, todos sus intentos por imponer distancia entre ambas. La burla y el homenaje al mismo tiempo dicen, con esa voz contaminada en que parece la distinción entre la lengua de la madre y las lenguas de la hija, la ambigüedad constitutiva del recuerdo. La ambigüedad que hace que la casa de los padres pueda seguir siendo la misma y otra, un lugar del que "No, no he me ido. Está refrescando, mejor que entre".

Judith Podlubne

